

# LA ORACION DE JESUS

## a) EL PADRE NUESTRO, ORACIÓN FUNDAMENTAL DEL CRISTIANO.



El Señor enseñó a rezar a sus discípulos con el Padre Nuestro, que por ello constituye la oración fundamental del cristiano:

«Estando él [Jesús] en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: “Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos” (Lc 11, 1). En respuesta a esta petición, el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental (...)»<sup>1</sup>.

En la *Didaché*, (enseñanza de los apóstoles) el primer catecismo post-apostólico de la época patrística, escrito en el último decenio del primer siglo, encontramos el texto del Padre Nuestro según el evangelio de Mateo, al cual se le añade una doxología final: «Porque tuyo es el poder y la gloria por siempre» (8, 2). La añadidura de esta doxología reviste una notable importancia, porque en ella ya se refleja la interpretación teológica del *Padre Nuestro* hecha por el autor de la *Didaché*.

En efecto, se presenta esta oración con una estructura interna simétrica:

- a) **Invocación** («Padre Nuestro»);
- b) **seis súplicas**: tres de alabanza y tres de petición;
- c) **Doxología** = alabanza.

Por consiguiente, la estructura de la parte que sigue a la invocación es: alabanza + petición + alabanza, lo cual implica que el Padre Nuestro es esencialmente *una oración de alabanza*. La exultante bendición conclusiva explica por qué nos dirigimos al Padre celestial: porque es suyo el poder y la gloria por siempre.

Por otra parte, del análisis del contexto literario en el cual se inserta el Padre Nuestro dentro de la *Didaché*, se puede deducir otro significado teológico que el autor de este escrito ha querido ver en la oración del Señor. De hecho, la estructura de la *Didaché* es ésta:

- 1. Catequesis catecumenal sobre las «dos vías» (1-7)
- 2. Catequesis mistagógica (7-10):  
Sobre el Bautismo (7, 1-4)

<sup>1</sup> *Ibid.*, n. 2759.

# LA ORACION DE JESUS

---

- Sobre el ayuno (8, 1).
- Sobre la oración (8, 2-3)
- Sobre la Eucaristía (9, 1-10, 7)
- 3. Instrucción práctica sobre la organización y la disciplina de la Iglesia (11-15)
- 4. Exhortación a la vigilancia y a la espera de la venida del Señor (16).

El Padre Nuestro es parte integrante de la catequesis mistagógica sobre el ayuno y la oración; por tanto, viene ubicado entre el Bautismo y la Eucaristía. Él constituye una *catequesis oracional para los neófitos*, en cuanto que es la primera oración que ellos rezan después del Bautismo. Además, el contexto es también de polémica abierta hacia los hipócritas o herejes judaizantes, quienes siguen en todo la praxis de los judíos y oran recitando tres veces al día la *tefillah*.

La *Didaché* manda no rezar como ellos: «No recéis como los hipócritas, sino como lo ha mandado Jesús en su evangelio, es decir, rezando el Padre Nuestro tres veces al día» (8, 1-2).

El *Sitz im Leben* (contexto vital) de esta polémica muestra que el *Padre Nuestro* es no sólo la oración característica del cristiano, sino también, por sustituir a la principal oración judía, su cotidiano e irremplazable *vademécum* oracional, es decir, la principal oración cristiana.

Vemos, por tanto, cómo en la época patristica, esta oración era ya considerada la quintaesencia de la oración cristiana. Tertuliano, por ejemplo, la define «un compendio de todo el Evangelio»<sup>2</sup>. Por su parte, San Cipriano de Cartago afirma que el *Padre Nuestro* contiene «lo esencial de nuestra oración», y además «una gran síntesis de las directrices del Señor»<sup>3</sup>.

En esta línea, afirma San Agustín: «Si vas discurriendo por toda las palabras de las santas súplicas [se refiere a las oraciones contenidas en la Sagrada Escritura], nada hallarás, según creo, que no esté contenido y encerrado en la oración del Señor»<sup>4</sup>.

Por estas razones, el *Padre Nuestro* constituye la guía con que la Iglesia primitiva iniciaba en la práctica de la oración a los catecúmenos. San Agustín relata que en la práctica de la Iglesia de Hipona, en un momento determinado, el quinto domingo de Cuaresma, los catecúmenos recibían el *Padre Nuestro* en una ceremonia llamada *traditio orationis dominicae* (entrega de la oración del Señor) con el deber de aprenderlo de memoria, y ocho días después, el sexto domingo de Cuaresma, debían rezarlo públicamente delante del obispo, y esto constituía la *redditio orationis dominicae* (devolución de la oración del Señor).

---

<sup>2</sup> *De oratione*, 1, 6 (CCSL 1, 258).

<sup>3</sup> *De dominica oratione*, 28 (CCSL 3A, 107).

<sup>4</sup> S. AGUSTÍN, *Epistola 130*, 12, 22, en *Obras completas de San Agustín*, 11a, edición bilingüe, «B.A.C., 99», Madrid 1987<sup>3</sup>, p. 73.

# LA ORACION DE JESUS

---

De este modo, los catecúmenos, después de haber recibido el Bautismo, estaban listos para rezar la oración del Señor durante la celebración eucarística de la gran Vigilia pascual, en la que participaban por vez primera. El *Padre Nuestro* es, por tanto, el primer balbuceo del orante cristiano, su primera oración como bautizado.

En definitiva, el *Padre Nuestro* es la oración más perfecta, como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* siguiendo los pasos de Santo Tomás de Aquino:

«Toda la Escritura (la Ley, los Profetas y los Salmos) se cumple en Cristo (cf Lc 24, 44). El Evangelio es esta “Buena Nueva”. Su primer anuncio está resumido por San Mateo en el Sermón de la Montaña (cf Mt 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor: “La oración dominical es la más perfecta de las Oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad” (Santo Tomás de A., s. th. 22, 83. 9)»<sup>5</sup>.

En definitiva, desde hace veinte siglos, la Iglesia ha hecho un continuo e incansable esfuerzo por sacar a la luz la mina abundante de su contenido teológico y espiritual, y ha considerado siempre al *Padre Nuestro* como la oración modelo del cristiano, la oración cristiana por excelencia. Estamos, por tanto, frente a la más bella y sublime oración de la Iglesia. De hecho, los grandes maestros de la vida espiritual han comentado frecuentemente el *Padre Nuestro*<sup>6</sup>.

Por otra parte, hay que subrayar el hecho de que el *Padre Nuestro* es también la oración paradigmática del ecumenismo cristiano, la oración ecuménica más importante de los creyentes en Cristo, ya que puede convertirse en un común punto de partida en el diálogo actual entre la Iglesia Católica y los que, creyendo en el Dios de Jesucristo, lo invocan como Padre.

## B) EXPLICACIÓN DEL PADRE NUESTRO.

***Invocación inicial:***

**PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.**

---

<sup>5</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2763.

<sup>6</sup> Escribe Hamman: «Ningún otro texto evangélico ha sido tan frecuentemente comentado» (A. HAMMAN, *La oración*, Barcelona 1967, p. 102).

# LA ORACION DE JESUS

---

Al enseñarnos el *Padre Nuestro*, Jesucristo nos enseña a dirigirnos a Dios como Padre con una audacia filial, la cual «se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: “*parrhesia*”, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado»<sup>7</sup>.

Precisamente por esto, «en la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: “Atrevemos con toda confianza”, “Haznos dignos de”»<sup>8</sup>.

Además, Dios quiere enseñar con esta invocación que Él es nuestro Padre común, porque un mismo lazo de fraternidad une a todos los cristianos, llamados a ser parte de la Iglesia de Cristo: el *Padre Nuestro* tiene, por lo tanto, un sentido eclesial.

## **QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.**

El *Padre Nuestro* es esencialmente el Padre «que está en los cielos» (Mt 6, 9; 16, 17), el «Padre celestial» (Mt 12, 50; 15, 13). Los cielos, en el Antiguo Testamento, indicaban el espacio que se encuentra más allá de nosotros. Según la cosmología veterotestamentaria, la tierra ocupa el centro del universo y es representada como un disco plano. Sobre la tierra hay un espacio en el que se producen los procesos atmosféricos. Por encima, hay un lugar inaccesible donde existe un Ser supremo. En cambio, en el Nuevo Testamento encontramos una imagen más espiritual.

Dice San Pablo que Dios es «el único que es inmortal, el que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A Él, el honor y el imperio eterno» (1Tm 6, 16). Es una imagen llena de misterio donde se manifiesta el sentimiento de que Dios está «allá arriba». «Los cielos», por lo tanto, es una expresión que tiende a señalar la residencia propia de la divinidad. Con esta expresión se subraya la trascendencia divina: Dios es el *Santo*. Se expresa la infinita distancia entre Dios y el hombre: Él está en los cielos y nosotros estamos sobre la tierra. Además, «Padre celestial» quiere decir que su paternidad no puede ser comparada con la terrena.

Aquella supera, tanto la paternidad natural –según la carne–, como la espiritual –la relación del discípulo con el maestro–. La de Dios es una paternidad única y exclusiva: «Sólo uno es vuestro Padre, el celestial» (Mt 23, 9).

## **PRIMERA PETICIÓN: SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.**

---

<sup>7</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2778.

<sup>8</sup> *Ibid.*, n. 2777.

# LA ORACION DE JESUS

---

El nombre significaba entre los judíos lo que se es, o sea, la persona. A Moisés, que le preguntaba su nombre, Dios le respondió: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14). Hablar del nombre de Dios, entonces, significa hablar de Dios, y rezar «santificado sea tu nombre» equivale a decir que Dios sea reconocido como tal.

Dios había revelado al pueblo de Israel el misterio insondable de su santidad y le había mandado proclamar a todas las gentes esta santidad, pero Israel no ha sido fiel a su vocación, ha «profanado» el nombre de Dios. He aquí por qué en los tiempos mesiánicos, Cristo, «el santo de Dios», vino a cumplir esta misión; Él de hecho dijo: «Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19).

Todo cristiano debe sentir la urgencia de ser testigo de la santidad de Dios, ya que, según cómo se comporta, los hombres glorifican o blasfeman a Dios. Esta primera petición del Padre Nuestro tiene también un significado escatológico: se cumplirá plenamente sólo el día en el que todos los que adoran, glorifican y alaban a Dios sean reunidos en la casa del Padre.

## **SEGUNDA PETICIÓN: VENGA TU REINO.**

La santificación del nombre de Dios, gracias a su alcance mesiánico, se identifica concretamente con la venida del reino de Dios. La segunda petición del Padre Nuestro, por tanto, refuerza y concreta la primera. El reino es el objeto esencial del mensaje y de la obra de Jesús.

El misterio del reino se identifica así con la presencia de Cristo y de su obra, y los milagros son el signo de la instauración del reino, justo cuando se derrumba el de Satanás. Jesús, una vez resucitado, toma posesión de su realeza cuando asciende a la diestra de Dios, en la gloria.

Pero la historia todavía no se ha realizado plenamente: fuerzas adversas y amenazadoras están activamente presentes y el cristiano debe orar para que se complete la obra realizada por Cristo.

## **TERCERA PETICIÓN: HÁGASE TU VOLUNTAD.**

El texto griego es impersonal: hágase, realícese Tu Voluntad, pero sin precisar quién debe cumplirla. La voluntad de Dios coincide con su proyecto eterno de salvación con respecto al género humano: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2, 4). Pero Dios cuenta con el hombre para llevar adelante su proyecto de salvación, como afirma San Agustín: «Quien te ha creado sin ti, no te justificará sin ti». La voluntad de Dios entra en conflicto con la del hombre, en la medida en que éste la considere como un obstáculo o un freno a su libertad.



# LA ORACION DE JESUS

El pecador, entonces, busca su realización fuera de Dios y rechaza el insertarse en su proyecto salvífico. Cristo, en cambio, modelo del hombre perfecto, no tiene otra finalidad que cumplir la obra que el Padre le ha confiado: «Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y cumplir su obra» (Jn 4, 34). Jesús dice «mi alimento», esto es, lo que me hace vivir y actuar. La voluntad del Padre es la razón de su venida y de su misión. Por esto, siguiendo el ejemplo de Cristo, cuando la palabra de Dios manifiesta su voluntad, el hombre debe hacer de ella su alimento.

Éste es el sentido de la frase del Apocalipsis: «Me acerqué al ángel y le dije que me diera el pequeño libro. Él me contestó: “Toma y devóralo, te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel”» (Apoc 10, 9). Nuestra oración suplica a Dios purificar y fortalecer nuestra voluntad, haciéndola dócil a la acción de la gracia. De este modo, la voluntad de Dios se cumple si la hacemos nuestra, adhiriéndonos con todo nuestro corazón.

## **CLÁUSULA: EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.**

Esta cláusula concierne no sólo a la tercera petición, sino a las tres peticiones de manera global, como ha bien subrayado Orígenes: «La frase *Así en la tierra como en el cielo*, registrada sólo por Mateo, puede también aplicarse a las peticiones anteriores, como si fuera esto lo que se nos mandase decir en la oración: “Santificado sea tu nombre así en la tierra como en el cielo. Venga tu reino así en la tierra como en el cielo. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”»<sup>9</sup>.

Como es sabido, la expresión judía: «los cielos y la tierra» significa toda la realidad creada, todas las cosas. Dice la Escritura: «Todo cuanto quiere el Señor lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en los abismos» (Sal 135, 6).

Si la expresión «en la tierra como en el cielo» interesa efectivamente a las peticiones anteriores, entonces tiene un significado cósmico y simultáneamente escatológico, es decir, esta oración involucra a toda la creación, de la cual el hombre es responsable, para que coopere en la misión de salvación que Dios le ha confiado a su Hijo y que se lleva a cabo a lo largo del tiempo, hasta el fin de la historia: «Y le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el mismo Hijo se someterá a quien a él sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Co 15, 28).

Esto se lleva adelante con el esfuerzo de todos, ya que Dios nos ha ofrecido la cooperación con Él para transformar el mundo y preparar «un nuevo cielo y una tierra nueva» (Ap 21, 1). Son claras, entonces, la unidad y la progresión de estas tres peticiones: todas implican el camino de Dios y la

---

<sup>9</sup> ORÍGENES, *Tratado sobre la oración*, 26, 2, Traducción, presentación y notas por F. Mendoza Ruiz, «Nebli, 37», Madrid 1994<sup>2</sup>, p. 163.

# LA ORACION DE JESUS

respuesta del hombre para la realización del proyecto salvífico eterno de Dios, que se está cumpliendo ahora, pero que debe todavía llegar a su perfecto cumplimiento final.

## **CUARTA PETICIÓN: DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.**

A primera vista, la segunda parte del *Padre Nuestro* contrasta con la primera: las primeras tres peticiones conciernen al proyecto salvífico de Dios; en cambio, las otras tres se refieren a las necesidades cotidianas y temporales del hombre, como el pan de la comida; también la conexión entre las últimas peticiones es menos obvia que la de las primeras. Muchos Padres de la Iglesia han visto en el pan cotidiano la Eucaristía, pero en realidad se trata sobre todo del alimento de los pobres.

En la Escritura, dar el pan significa nutrir, ayudar a quien tiene necesidad. El *Padre Nuestro*, haciéndonos rezar por el pan cotidiano, nos recuerda discretamente que todo don viene de Dios. La oración, limitando la petición al pan cotidiano nos invita a abandonarnos cada día en Dios, como los niños que esperan todo de su padre, y nos exhorta a no acumular y a dar lo superfluo a los necesitados.

El plural «danos» nos permite orar con y por todos aquellos que no tienen el pan cotidiano, mientras nos recuerda que muchísimos habitantes de la tierra están privados de la alimentación necesaria. Esta petición es, además, una provocación para quien monopoliza los bienes de la tierra, que Dios ha creado para todos, y recuerda a los ricos que no son más que «administradores» de Dios, responsables de un equitativo reparto de los bienes.

## **QUINTA PETICIÓN: Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES.**

Aunque en la versión castellana actual del Padre Nuestro rezamos: *Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden*, la versión anterior, que es la que vamos a comentar, se ajustaba más al texto original del Evangelio según San Mateo.

En esta petición Jesús recurre a la figura comercial del préstamo y de la deuda. El acreedor tiene un derecho sobre el deudor, un derecho que puede ejercitar, aunque también suspender por misericordia. Es una figura muy usada en sentido religioso: el pecado hacia Dios es considerado una falta que exige reparación, a no ser que Dios perdone la deuda, usando misericordia.

El concepto de perdón de los pecados es fundamental, tanto en la antigua como en la nueva Alianza. Las grandes promesas de los profetas presentan la era mesiánica como el momento de la condonación de cualquier deuda, del perdón de todo pecado, de la purificación total del hombre y de la conversión del corazón.

# LA ORACION DE JESUS

---

San Juan Bautista expresa la espera mesiánica predicando «un bautismo de penitencia para remisión de los pecados» (Mc 1, 4).

Estamos, por lo tanto, ante un tema fundamental del Evangelio: el perdón de los pecados caracteriza el nuevo orden que se instaura en la relación Dios–hombre. Jesús proclama que el Padre desea perdonar, quiere salvar a quien está perdido, experimenta alegría al acoger al hijo pródigo. La última palabra de Jesús en la cruz es de perdón para sus verdugos.

Es precisamente la cruz la que nos revela de manera impresionante y maravillosa que el amor de Dios es más grande que el pecado del hombre. Esta petición del *Padre Nuestro* pone en el mismo plano al perdón de Dios y el del hombre. También aquí es importante traducir exactamente el texto; en lugar de la frase que normalmente usamos, habría que decir: «Perdónanos nuestras deudas, *porque nosotros ya hemos perdonado* a nuestros deudores», es decir, si nosotros perdonamos antes, también seremos perdonados posteriormente.

Nuestro perdón no provoca, sino que condiciona el perdón de Dios, que es un perdón libre. El hombre que perdona es, él mismo, un pecador que tienen necesidad de perdón. Dios es su acreedor. ¿Cuál es la relación entre los errores cometidos por los demás con respecto a nosotros y nuestra deuda con Dios? Debemos recordar que Dios perdona sin pedir contrapartida, movido solamente por su infinita bondad y misericordia. Por lo tanto, nosotros debemos perdonar «desde el fondo de nuestro corazón» si queremos que Dios sea misericordioso con nosotros.

## **SEXTA PETICIÓN: NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN, Y LÍBRANOS DEL MAL.**

La sexta y última petición ha de ser leída de golpe, porque forma un cuerpo único. No ha de ser, por tanto, dividida en dos, como han hecho muchos comentadores, porque la referencia al mal, o al Maligno, ilumina toda la petición con luz verdadera.

En la última parte de la petición, la tentación se atribuye al Maligno, al diablo. La Iglesia antigua proponía la traducción: «No permitas que seamos inducidos a la tentación». Además, la traducción de la última parte: «Líbranos del Maligno», hecha propia por la Iglesia primitiva y por la mayor parte de los exégetas, parece preferible.

Esto es un eco de la oración de Jesús: «No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno» (Jn 17, 15). La oración del Señor, como todo el Evangelio, muestra la obra de Dios y la misión de Jesús continuamente atacadas por las fuerzas hostiles del mal. Cristo, durante toda su vida, lucha contra el mal,



# LA ORACION DE JESUS

porque su misión es establecer el reino de Dios y proclamar su señoría, derrotando al Usurpador.

La resurrección de Jesús es, en primer lugar, la afirmación de la derrota de Satanás y de la soberanía del Padre. Nuestra oración proclama la potencia de Dios, que ha vencido al Príncipe de este mundo, pero es también una llamada a la vigilancia porque el Tentador, aun vencido, puede todavía hacer mucho daño.

## EL PADRE NUESTRO EN ARAMEO



ܐܒܘܢ ܕܒܬܫܡܝܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ  
ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ ܕܡܠܟܐ ܕܥܠܝܐ

**abun dabashmaya**

Padre nuestro que estas en el cielo,

**nethkadash shamak**

santificado sea tu nombre.

**tetha malkuthak**

venga a nosotros tu reino,

**newe tzevyanak**

hágase tu voluntad

# LA ORACION DE JESUS

---

**aykan dabashmaya**

en la tierra como en el cielo.

**af bara hav lan lakma dsunkanan**

Danos hoy nuestro pan de cada día

**yamana washbuk lan**

Perdona nuestras ofensas

**kavine aykana daf**

Como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

**hanan shabukan lhayavine ulow talahn lanesyana**

No nos dejes caer en la tentación

**ela fatsan men bisha**

Y líbranos del mal.